

toda la cristiandad. Habíanse citado varios Padres misioneros en el pueblo de San Ignacio, llamado también Zape, para el día 21 de Noviembre. Deseaban exponer al público ese día cierta imagen nueva de María Santísima y obsequiar a su buena Madre con una piadosa solemnidad. Resolvieron los tepehuanes dar el golpe en ese día; pero anticiparon el hecho por un suceso inesperado. Pasaba por aquellas tierras el P. Hernando de Tovar, llevando algunas cabalgaduras con cierto cargamento de ropas, alhajas del culto y otros objetos que habían de servir para la misión. Entendieron los tepehuanes rebeldes lo que llevaba el Padre, y codiciosos de aquella presa, le esperaron en el pueblo de Santa Catalina. Apenas entró el P. Tovar, vióse de repente acometido por una multitud de indios, los cuales le destrozaron bárbaramente y se apoderaron de las cabalgaduras. Era el día 16 de Noviembre de 1616.

Prendido el fuego de la conjuración, precipitáronse los indios para ejecutar cuanto antes lo que tenían pensado. El día siguiente, 17 de Noviembre, hubo asalto en tres pueblos. El primero fué Atotonilco, donde no se hallaba ningún Padre de la Compañía y vivían habitualmente unos cien españoles entre hombres, mujeres y niños. Cargaron sobre el pueblo centenares de tepehuanes, y los españoles, sorprendidos súbitamente, se recogieron en la iglesia, desde donde procuraron defenderse lo mejor que pudieron. Hallábase de paso en aquel pueblo Fray Pedro Gutiérrez, franciscano, y otro religioso compañero suyo. En medio del atroz tumulto que levantaron los indios, el fervoroso P. Gutiérrez subió a lo alto de la iglesia con un crucifijo en la mano, y exhortó a voces a los rebeldes que respetasen la imagen de Dios y la casa en que se habían guarecido. A las pocas palabras que pronunció, le dispararon una flecha que le atravesó el cuerpo de parte a parte, y el santo religioso cayó muerto abrazado con su crucifijo. Su compañero experimentó la misma suerte. Todos los españoles que se habían refugiado en la iglesia fueron sacrificados sin piedad, excepto dos, que lograron escaparse. Uno de ellos fué Cristóbal Martínez de Hurdaide, hijo del famoso capitán de Cinaloa. Su buena suerte quiso que uno de los tepehuanes alzados fuese conocido suyo. Éste, viéndole entre los españoles, le echó mano, como para matarle, separándole de los demás; pero, disimuladamente, le hizo salir de la iglesia y le dirigió por un paraje seguro, adonde no le alcanzaran los enemigos.

Un rebato parecido experimentó casi al mismo tiempo el pueblo de Santiago de Papazquiario, el más meridional de los tepehuanes y

que sólo distaba de Durango unas 30 leguas. Cuidaban allí de los indios los dos Padres jesuitas Bernardo de Cisneros y Diego de Orozco. Cuando se vieron acometidos por todas partes, corrieron a refugiarse en la iglesia, y allí se atrincheraron los españoles lo mejor que pudieron, defendiéndose varias horas del ataque furioso que les daban los indios. Observando éstos que no podrían tomar por la fuerza la iglesia, recurrieron a una estratagema que les dió feliz resultado. Fingieron casi todos que se retiraban desesperados de vencer, y quedaron solamente unos pocos indios que se acercaron poco después a la iglesia con aire de reconciliados, y como queriendo socorrer a los Padres que estaban dentro. Imagináronse éstos con demasiada candidez, que aquellos indios realmente estaban arrepentidos, y viéndose libres de la gran multitud de enemigos que los había cercado tanto tiempo, dispuso el P. Orozco hacer una devota procesión con el Santísimo Sacramento, desde la iglesia en que se hallaban hasta el cementerio cercano, para implorar el favor divino en aquellas circunstancias azarosas. Ordenóse devotamente la procesión, y cuando entraron en el cementerio y empezó el Padre a decir algunas palabras devotas a los circunstantes, he aquí que de repente resuena el grito de guerra en todo el pueblo, y apareciendo por todas partes innumerables indios, se precipitan en los pocos españoles que se hallaban reunidos en el cementerio. Los rebeldes se arrojaron sobre el P. Orozco, le cogieron la custodia con el Santísimo Sacramento y la tiraron al suelo. Al instante embistieron a lanzadas con el Padre, y todo lo destrozaron. Al P. Bernardo de Cisneros le aporrearon la cabeza, y después despojaron a entrambos Padres de todos sus vestidos y abrieron los cuerpos con monstruosa crueldad.

Casi lo mismo sucedía en aquellas horas en el pueblo de San Ignacio, llamado Zape. Habíanse reunido allí los P. Juan Fonte, Superior de toda la misión de tepehuanes, Juan del Valle, Luis de Alavez y Jerónimo de Moranta. Cuando celebraban con toda devoción la solemnidad que habían preparado, se vieron de repente rodeados de indios rebeldes, y fueron sacrificados sin piedad los cuatro Padres de la Compañía y 19 españoles, que no pudieron ponerse en salvo en medio de aquel tumulto.

Otra víctima faltaba para completar el número de los predestinados a recibir entonces la corona del martirio. Era indudablemente el más ilustre de todos el P. Hernando de Santarén, misionero infatigable, que durante veintidós años había trabajado con esfuerzo inaudito en la conversión de los indios, por todas aquellas regiones

septentrionales de la Nueva España. Hallábase entonces doctrinando a los gigimes, vecinos a los tepehuanes, y debía dirigirse a Durango por algunos negocios de la misión, cuando los Padres reunidos en Zape le invitaron a la piadosa solemnidad que ellos preparaban para el 21 de Noviembre. Encaminóse allí el P. Santarén, y el día 18 de Noviembre llegó a cierto pueblo llamado Tenerapa, de los tepehuanes. Siendo la hora de la mañana dirigióse a la iglesia para decir Misa, y observó con cierta sorpresa, que apenas asomaba por allí ningún indio, y entrando en la casa de Dios, la encontró toda destruada. Renunció, pues, a decir Misa, y montando otra vez a caballo, continuó su camino, discurriendo tristemente sobre lo que podían pronosticar aquellos indicios deplorables que había contemplado. Al poco tiempo sintió que venía gente a lo lejos, y al llegar a cierto arroyo, distinguió claramente una tropa de tepehuanes armados que le iban a los alcances. Detúvose el Padre, y dirigiéndoles amorosas palabras, les preguntó por qué le querían matar. Ellos nada respondieron, y arrojándose en masa sobre el heroico misionero, le aplastaron la cabeza con sus macanas y le dejaron tendido en el arroyo. Así se consumó en los días 16, 17 y 18 de Noviembre de 1616 el martirio de ocho héroes de la religión, que entraron en el cielo a hermosear el coro de los que han derramado su sangre por Jesucristo (1).

Sintióse tiernamente, así en Méjico como en Europa, la pérdida de tan ilustres misioneros, pero el considerarlos mártires de Cristo infundió en todos nueva devoción y piedad. El P. Vitelleschi, escribiendo al Provincial de Méjico, le decía estas palabras: «Falta harán los ocho Padres lenguas martirizados por los indios tepehuanes. Dios proveerá de nuevos y fervorosos operarios en su nueva viña, regada con la sangre de esos sus siervos, cuyos retratos y la relación de su muerte se ha recibido y leído en el refectorio con universal consuelo de todos, por tener ocho hermanos más en el cielo. Vanse pintando en lienzo, para ponerlos con los demás, como es razón y V. R. pide» (2).

(1) La relación de este célebre martirio la pone el P. Rivas en su *Historia de las misiones de la provincia de Nueva España*, l. X, desde el capítulo 15 hasta el 21. En nuestro archivo conservamos, en el tomo *Mexicana. Varia*, la información auténtica hecha sobre el martirio. Es un cuaderno de 114 páginas en folio. En el tomo *Mexicana. Historia II*, hay dos relaciones del suceso: una del P. Francisco Lignano, dirigida al P. Asistente de España, con fecha 12 de Febrero de 1617, llena ocho páginas en folio. La otra, mucho más lata, de 80 páginas, no sólo narra el martirio, sino también otros sucesos de la guerra de los tepehuanes, y, por fin, añade noticias biográficas de los mártires. La firma el P. Nicolás de Arnaya, Provincial, el 18 de Mayo de 1617.

(2) *Mexicana. Epist. Gen.* A Arnaya, 2 Abril 1618.

6. ¿Qué hacer con la cristiandad de tepehuanes después de un suceso tan trágico? De todos sus misioneros sólo había quedado con vida uno, que vivía muy distante, y era el P. Andrés López. Por de pronto, el gobernador de la Nueva Vizcaya, Gaspar de Alvear, resolvió, como solía hacerse en tales casos, castigar severamente la rebelión de los indios alzados. Con este intento juntó 70 españoles bien armados, convocó a 120 indios amigos y salió al instante en busca de los rebeldes. Recorrió los pueblos que habían incendiado, y tuvo el consuelo de recoger los cadáveres de los cuatro jesuitas muertos en Zape, que hizo conducir con reverencia a nuestra casa de Durango. Alcanzó a varias partidas de indios alzados, y las castigó con severidad. Repitió después segunda salida con nuevos refuerzos que le enviaron desde Méjico, y antes de acabarse el año 1617 hizo otra tercera excursión, extendiéndose hacia el Norte hasta unas 200 leguas de Durango, procurando penetrar en todos los rincones y cañadas, donde se guarecían los fugitivos tepehuanes. Nunca se atrevían éstos a esperarle. Una sola vez los vió frente a sí, reunidos como con ánimo de presentar batalla, pero los españoles dispararon sus arcabuces y luego cargaron con sus caballos sobre ellos, con lo cual se dispersaron todos los indios y fueron degollados los pocos que no pudieron huir. Donde no alcanzaba a los indios el gobernador, lograba coger a sus mujeres e hijos, que se llevaba en rehenes. Esta batida constante, ejecutada durante todo el año 1617 abatió mucho, el ánimo de los tepehuanes, y se convencieron de que no había salido felizmente el golpe que habían intentado (1). En vez de gozar la libertad que sus hechiceros les prometían, se veían privados de las comodidades que gozaban en los antiguos pueblos, perseguidos por soldados españoles y en continua agitación, padeciendo los efectos de la miseria.

En este momento se presentó en la escena el buen P. Andrés López, único misionero superviviente de los tepehuanes, y empezó a dar los pasos que pudo, para recoger aquella grey descarriada (2). Por medio de una india, buena cristiana, envió una embajada a varias rancherías de tepehuanes, exhortándoles a presentarse al gober-

(1) Las campañas hechas contra los tepehuanes las refiere el mismo Gaspar de Alvear en un escrito que dirigió al rey Felipe III, con este título: *Relación breve y sucinta de los sucesos que ha tenido la guerra de los tepehuanes, de la gobernación de la Nueva Vizcaya, desde el 15 de Noviembre de 1616 hasta el 16 de Mayo de 1618*. Hállase en Sevilla, Archivo de Indias, 66-6-17.

(2) La restauración de la cristiandad de los tepehuanes la describe el P. Rivas en su *Historia*, l. X, desde el capítulo 34 en adelante.

nador y mostrarse arrepentidos, asegurándoles que él les obtendría el perdón, e intercedería para que no se les hiciese ningún daño. Entregó a la india este recado, y juntamente un diurno, como credencial, para que vieran los indios la sinceridad de aquellas propuestas. Quiso Dios que muchos las aceptasen, y poco a poco, hoy uno, mañana otro, fueron acercándose tepehuanes al P. Andrés López, el cual los condujo de nuevo a los pueblos y los reconcilió con el gobernador Gaspar de Alvear. Comunicada esta noticia al P. Provincial y al Virrey de Méjico, aprobaron ambos las tentativas del P. Andrés López, y resolvieron hacer los esfuerzos posibles, para reconstruir aquella misión arruinada.

Fué enviado desde Méjico el P. José Lomas, que sabía la lengua de los indios, y en unión del P. López empezó a trabajar por la reducción de los rebeldes. Oigamos lo que él mismo nos dice de sus primeras diligencias. «Llegué, dice, a este pueblo de Papazquiario, donde con notables muestras de alegría y gusto me recibieron como a su mismo padre, aunque hallé todo aquesto destruído y la iglesia destechada y quemada. Sólo hallé en pie tres aposentos pequeños de nuestra vivienda. Luego que llegué, llevé conmigo toda la gente a la cruz del patio de la iglesia, que había sido ultrajada. Allí cantamos las oraciones de la doctrina cristiana, continuando lo mismo todos los días, alentándolos con esto a la estima de nuestra santa fe, que, engañados, habían despreciado. Todas las mañanas vuelven los niños a que se les enseñe la doctrina, catecismo y confesión, y esto se va reparando» (1).

Con las buenas noticias que el P. Lomas suministraba sobre la restauración de aquella cristiandad, animáronse nuestros Superiores a promover esta obra, y enviaron poco después otros cuatro misioneros. Llegaron todos cuatro con grandes ánimos y muy alentados a trabajar en una tierra fertilizada con sangre de mártires. Repartieron tres puestos y pueblos antiguos. Fueron cada uno por su parte convirtiendo uno por uno a todos los indios que encontraban por los montes, y una vez con halagos, otra con suave violencia, los iban volviendo al redil del Buen Pastor. Continuóse en esta tarea con mucha constancia durante unos siete años, y en 1628 podía decirse reconstruída toda la cristiandad de los tepehuanes. La visitó entonces el Sr. Obispo de Durango, Fray Gonzalo de Hermosillo, de la Orden de San Agustín, y quedó enamorado del buen orden y devo-

(1) Copiada por el P. Rivas, l. X, c. 35.

ción que advirtió en aquellos pueblos, evangelizados por nuestros Padres. Escribió una carta al P. Provincial de Méjico, dándole mil parabienes por los felices sucesos que los Padres de la Compañía lograban en aquellos montes, entre gente que tan rebelde se había mostrado a la predicación del Evangelio. Así perseveró la misión de los tepehuanes, y el P. Andrés Pérez de Rivas, en la *Historia* de estas misiones, que escribió unos doce años después, termina la relación de este suceso con estas palabras: «La Misión tepehuana, aunque muy minorada en número de gente con los estragos que recibió con su rebelión, ha quedado mejorada en cristiandad, en la cual, con mucha paz, hoy persevera» (1).

7. Al norte de los tepehuanes y siguiendo las mismas fragosidades de la sierra, se extendían los indios llamados taraumares, denominación que conservan en la actualidad. En 1607 el P. Juan Fonte, Superior de la misión de los tepehuanes, hizo una excursión hasta los taraumares, y aunque quiso establecer relaciones con ellos y deseaba formar misión aparte, fuéle imposible realizar este proyecto por la falta de misioneros que entonces se padecía (2). Cinco años después repitió la entrada a los taraumares, visitó bastantes rancherías y quebradas en aquellas fragosas sierras, e hizo algunos esfuerzos para persuadirles que salieran a poblar en regiones más accesibles. Consiguió que bajasen de lo más empinado de los cerros como unos 3.000 de aquellos bárbaros; pero tampoco logró dar consistencia a esta misión por no serle posible perseverar cuidando de los recién reducidos (3).

La misión de los taraumares se estableció por fin sólidamente en el año 1631, cuando entraron a cultivar aquellas tierras los PP. Juan de Heredia y poco después Gabriel Díaz (4). Fué progresando paulatinamente esta misión, aunque no mucho, y en medio de dificultades bastante penosas. Veinte años había que trabajaban nuestros Padres en aquella tierra, poco fértil en frutos espirituales, cuando ocurrió, como en otras ocasiones, una sublevación que proporcionó la corona del martirio a dos misioneros de la Compañía. Érase el año de 1650, y el P. Cornelio Godino, o Godínez, como otros le llaman, cuidaba de las reducciones que se habían establecido en la parte septentrional

(1) *Ibid.*, c. 38.

(2) Menciona esta primera tentativa el P. Alegre, t. II, pág. 6, citando una carta del mismo P. Fonte, que no hemos visto en otra parte.

(3) Alegre, t. II, pág. 44.

(4) *Ibid.*, t. II, pág. 220.